

insistencia en textos como *Conjunciones y disyunciones* o *El arco y la lira*, hasta llegar a *Los hijos del limo*. Esta excavación política y arquetípica culmina en el ensayo *El laberinto de la soledad*.

Piedra pedernal y piedra de toque, el libro nace de la fricción entre las dos culturas rivales de México y los Estados Unidos, el Sur frente al Norte, el catolicismo contra el protestantismo. Según Paz, el interés de este choque reside en el hecho de que la condición del *Homo mexicanus*, que durante cinco siglos ha sido marginal, periférica y minoritaria, hoy representa la de muchos pueblos. Ya es como si el mundo entero participara de la condición natal de México, un país fundado con un acto de absoluta brutalidad, a través de la anexión y la cancelación contemporánea de las civilizaciones indígenas por parte de España. El resultado de tanta crueldad es la actual población de sangre mestiza, fruto de un vínculo indisoluble entre vencedores y vencidos.

Mestizaje, sincretismo, mezcla: estas son las palabras clave de un universo traumático, atravesado por contrastes culturales, económicos y geográficos, donde cada cosa recuerda la potencia cruenta y regeneradora de la encrucijada, de la hibridación. Como se lee en *El laberinto de la soledad*, “la mexicanidad es un oscilar entre varios proyectos universales sucesivamente trasplantados o impuestos y todos hoy inservibles. La mexicanidad, así, es una manera de no ser nosotros mismos, una reiterada manera de ser y vivir otra cosa”. El individuo degradado del neocapitalismo, el habitante de nuestro futuro, tendrá por tanto los mismos rasgos del mexicano solitario, el hombre sin pasado, el huérfano de la historia, si *orphanos* quiere decir ante todo “vacío”.

Sobre la base de estas rápidas señas se puede discernir el tipo de búsqueda que Paz lleva a cabo. En *Posdata* él mismo afirma que la defensa de la cultura ante la barbarie implica una crítica feroz de la cultura misma: “Cuando una sociedad se corrompe, lo primero que se gangrena es el lenguaje. La crítica de la sociedad, en consecuencia, comienza con la gramática y con el restablecimiento de los significados.” Es en esta perspectiva que el tema del compromiso se resuelve en el interior de una reflexión sobre la palabra. Como ha observado Carlos Fuentes, si la poesía de Paz es crítica del lenguaje, sus ensayos son crítica del mundo, es decir, de las estructuras en las que se inserta el lenguaje. Por ello su reflexión política se involucra directamente con los materiales elaborados en su obra en verso.

Fruto de un amplio árbol genealógico, esta poesía se propaga desde Quevedo y Góngora hasta los modernos, con ecos del mexicano Tablada, del español Cernuda, de los norteamericanos Eliot, Williams y Frost, del peruano Vallejo, del argentino Borges, de los surrealistas franceses Breton y Péret, del portugués Pessoa (a quien Paz dedicó su ensayo “El desconocido de sí mismo”). Tanta riqueza confirma de nuevo uno de los aspectos más característicos de su producción: la coexistencia del cosmopolitismo y al mismo tiempo el apego a las raíces.